

|

El impulso y su freno 1964
Prólogo Biblioteca Artigas, Clásicos Uruguayos, vol. 179
Montevideo, 2009

El freno en el impulso

José Rilla

Casi medio siglo pasa desde la primera edición de este libro y tres décadas de la muerte de su autor, Carlos Real de Azúa (1916-1977). Tiempo suficiente, tal vez, para percibir la “inquietante extrañeza del pasado”, la distancia que permite tomar aire para una relectura pausada. Pasó casi todo desde 1964 como para escribir ahora desde cierta ajenidad, con una perspectiva diferente y disonante con su autor y sus primeros lectores. Pero si *El impulso y su freno* fuera ya un clásico, un texto que sobrevive con brío a ese conjunto de primeros actores, es que mucho nos dice todavía a nosotros, en el siglo siguiente y que varios de sus hilos pueden ser tomados para otras tramas. Escapa así de las manos de un autor y su circunstancia, completa su mensaje con otras lecturas, saberes y perspectivas.

No sabemos cuánto la rotundidad de un ensayo ambienta su clasicismo o en qué medida lo compromete. Este es enfático, jugado, cumple ejemplarmente las reglas del género que el autor conocía con perfección empírica y sentido de la circunstancia. Pero dado que apunta severamente a un fenómeno político y cultural cuya centralidad devela a la vez que impugna, *El Impulso* es un libro de alto riesgo para quien lo acometa con una pretensión crítica: nos arroja a un mundo de dobleces, del Uruguay batllista como síntesis posible, del batllismo “en sí”, y como contrahipótesis latente, del Uruguay sin el batllismo. Entre estos deslindes puede leerse la obra.

Hay, todavía, una forma de batllacentrismo más furtivo en la que se inscribe *El Impulso*. El conjunto de cargos e impugnaciones que se le hace al batllismo es tan denso y abultado que necesariamente nada sería igual sin ese factor. Si el reformismo de las tres primeras décadas del siglo ha sido identificado con las marcas señaladoras del Uruguay todo (en pocas palabras, el Uruguay es el batllismo) es obvio concluir que la validez de la experiencia se sustenta en el juicio que del batllismo se tenga. Colocar

en él como continente decisivo las euforias y fracasos de una experiencia al fin y al cabo nacional supone pues una operación intelectual o analítica que delega y transfiere al pasado –reciente en 1964- la “responsabilidad” de explicarnos un presente que ha mutado con vértigo. Se trata entonces, ante todo, de calibrar a fondo el carácter de ensayo histórico de esta obra, hurgadora en el pasado de claves del presente, cuestionadora de la opacidad del tiempo ido.

Carlos Real de Azúa abre la puerta, nos instala en una sala vistosa y cómoda; cuando parece que caemos doblegados por la seducción mullida nos despide y nos deja en una sala contigua, adusta y sombría, desnudos casi.

1

El ensayo uruguayo de los sesenta, en términos generales, es literatura de doble faz, de declinación y de sospecha. Real de Azúa recorrió con admirable prolijidad ese repertorio pero también lo integró. Partían todos de una premisa fuerte y grávida, la del Uruguay en crisis desatada desde los últimos disparos y fogonazos de Corea. Ello fue primero vivido como asalto a la relativa calma de la convivencia, deterioro de su fondo moral, aflojamiento de toda disciplina, lastres más ostensibles en la pendiente de la crisis. Luego, con la emergencia de las ciencias sociales, todo devino más medible, diagnosticado, evidente. Y si ello fuera cierto, caería entonces, sobre aquellos uruguayos la sospecha de haber sido víctimas de una estafa en el relato tradicional y disponible entonces. No todo era tal cual había sido narrado, el muro tenía grietas, el impulso contenía frenos, el castillo era de naipes... He allí la base de una postura revisionista que no puede sino hurgar en la historia con la pregunta más presentista que pueda formularsele: ¿por qué estamos como estamos? ¿En qué momento perdimos la visión y la lucidez? ¿Qué hicimos mal? La recurrente pregunta de *Conversación en la catedral*: ¿cuándo se jodió el Perú?

Declinación y sospecha, sí; revisión del pasado contado e institución de otro más a la medida de un drama emergente, también.

Pero no es así de simple: Carlos Real de Azúa hace inventarios tan prolijos, se esmera tanto en presentar a su lector un fresco tan vivo de aciertos –o más bien

logros- del batllismo antes de desarmarlo y llevarlo a su poquedad, que su balance final, siendo negativo y arbitrario luce sin embargo fundado, abarcador, penetrante; arrastra a ese lector bien lejos del talante individualista e indiferente del fondo de las cosas que pretende denunciar. Es comprometido y comprometedor.

Una buena parte de la empresa ensayística de Real de Azúa está atravesada por la cuestión de la modernidad. No estaba solo en eso, pero iba en la vanguardia, desde muy joven y contra la corriente. La operación “menor” de escrutar al batllismo está inserta en otra mayor, que se pregunta no solo por las derivas de la modernidad –la modernización, el modernismo, el progreso, los reformismos- sino además por todo lo que una comunidad deja por el camino cuando abraza ese programa que nuestro autor no rechaza pero reclama más autoconsciente y balanceado. El envión moderno puede ser impío con la historia –algo de eso escribió Rodó, que acompaña a Real de Azúa desde adolescente-, indiferente con las huellas que van quedando, desdeñoso de las minorías y la polifonía; el empuje moderno distingue demasiado tarde la diferencia entre los resultados y los procesos, entre los productos de los insumos. ¿Qué se pierde con la industrialización y la explosión demográfica? ¿Qué se ocluye con la consolidación del Estado nacional y la mundialización de los mercados? ¿Qué se esconde con la secularización laicista que termina por ahogar todo sentido trágico y trascendente de la vida, limitado a los marcos de la privacidad? No es seguro que Real conteste tan graves preguntas, pero valen más que sus respuestas aunque más no fueran como cautela metodológica para una función crítica.

Con ese fondo que opera como advertencia contra los juicios rápidos y que Real fue construyendo desde *España de cerca y de lejos*, nada más distante del acierto creer que tales convicciones hacían de su portador un antiliberal, como tampoco lo hacían antimoderno. Ciertamente no fue mecido en cuna liberal, pero ello le dio, con el tiempo, ciertas libertades y ventajas para su acercamiento crítico a dicha tradición.

Es esta doblez la que habilita al autor a presentar al liberalismo y a la modernidad como programas más abiertos y aun autocontradictorios, seguramente discernibles, que pueden alojar a bien distintos portadores en versiones cabales. El autor no discurre perpendicular al credo liberal para chocar con él; tampoco lo acepta *in totum*. Lo toma a distancia. Diez años después de *El impulso*, cuando era en el

IV

mundo más arduo abrazar fragmentos del liberalismo, Real de Azúa clamaba por su aporte a la comprensión política de las menesterosas sociedades latinoamericanas:

[...] si se me permite una reflexión confesional, creo que la situación del conjunto latinoamericano y sobre todo de su región atlántica es capaz de mostrar (incluso para quien sistemáticamente nunca se haya afiliado a ellos) la operancia y aún la necesidad de esos valores que he llamado liberales. O más modestamente: la mirada clara, la cabeza fría, el corazón bien dispuesto, bien administrado el poco o mucho coraje que se tenga y cautelado contra una crueldad y una violencia cada vez más seguras de sus razones. Cuando las posiciones, los intereses y las pasiones se estereotipan en ideologías de choque esa voluntad de claridad que no es otra que la de la ciencia debe aceptar ser el huésped incómodo y aún pagar por el precio de serlo.¹

La relación con lo liberal y la modernidad, deslindados hasta donde le fuera posible no pudo sino elaborarse a lo largo de toda la vida de cuyo casi final el texto precedente es un ejemplo. No es, creo, un dato trivial porque es de ese modo que se entiende mejor su sagacidad, la pasión descriptiva, la búsqueda sin desmayo del matiz y de la cara oculta de las cosas, la disposición a construir un inventario de aciertos sin retacear por ello las calamidades. Es un punto de vista ciertamente privilegiado el que viene informado por este gesto desconfiado y científico con respecto a la tradición cultural e ideológica en la que el batllismo pacía.

Se leen pues, en mejores condiciones interpretativas, sus indagaciones sobre la experiencia uruguaya: el liberalismo tuvo versiones en todos los partidos, el jacobinismo fue también aquí su disimulada contestación, la veta colorada y después batllista es eso, una veta entre varias, las revoluciones del siglo XIX fueron gestas fundadoras de la república inclusiva, la modernización productiva, social y de las costumbres, eficaz y oportuna, ocultó en esta tierra como en pocos lugares la noción y la vivencia de su costo.

Si descartamos entonces simple pulsión antiliberal en lo que era más bien paréntesis, suspensión, aprovechamiento metodológico de “la mirada clara” a la que la ciencia está obligada (mal podía cultivar alguna repulsa a los valores de lo liberal quien

¹ Carlos Real de Azúa, “La teoría política latinoamericana. Una actividad cuestionada” en *Víspera*, Montevideo, Abril 1974, p.17.[ponencia en la Columbia University, 1973]

precediera otro ensayo contemporáneo con la confesión prototípica: “Tampoco tengo el desprecio fácil; todo me interesa y jamás empleo el rechazo como gesto preliminar”)² agreguemos ahora otra clave que también acompaña a Real desde que escribía sus ensayos: la atención a los contextos y la pulsión comparativa. Esto no es lo mismo, en su caso, que buscar un marco para circular mejor autorizado en sus definiciones u osadías, o un atajo para las operaciones deductivas. Atención a los contextos es aceptación del hecho de que no se piensa solo, se piensa en una tradición, contra ella o en paralelo a ella; se piensa en América y en el mundo occidental, se piensa mientras otros hacen lo mismo o ya pensaron en lo mismo. Este es un sello distintivo del discurrir realdeazuiano, la marca de una especial captación de la historicidad de la experiencia y de su conocimiento que nos devuelve a “la relatividad de todas las opiniones” tal cual escribiría Gadamer años más tarde. Lucidez quiere decir aquí iluminar el camino a transitar, más que transitar un camino como iluminado: si vamos en pensar en el reformismo uruguayo busquémoslo antes del batllismo y también afuera del país; si hemos de calibrar las “restricciones imperiales” hagamos un cotejo con las de su tipo en otros lares y contextos. (Poco más tarde de *El impulso*, el estudio del autoritarismo pachequista escrito en 1971 es un prodigio de la lucidez contextualista y comparativa a la que refiero).³

Una última consideración puede auxiliarnos en la lectura y está referida a la relación del autor consigo mismo, el modo como resuelve las cuestiones de continuidad, coherencia, acumulación, ajuste, corrección de rumbos. Real de Azúa tiene un centro de gravedad pero no rinde culto empecinado a la continuidad de sus expresiones. Hasta 1964 había escrito bastante y en variados campos, *España de Cerca y de Lejos* (1943) precede en una década al prólogo a *Motivos de Proteo* (1953) de Rodó; entre ambas contribuciones escribió el “Ambiente espiritual del 900” para la revista *Número* (1950). Acogido por Carlos Quijano en *Marcha* publicó largos ensayos como la intensa requisitoria a Luis Alberto Sánchez “El inventor del arielismo”, el

² Carlos Real de Azúa *Tercera Posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo. Una teoría de sus supuestos*, vol.3 Montevideo, Cámara de Representantes, 1997, p.892.

³ Carlos real de Azúa, “Política poder y partidos” en *Uruguay Hoy*, Buenos Aires Siglo XXI, 1971; reeditado en forma autónoma por la Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo, 1988, parte I, pp 9 a 36.

peruano al que le gustaba insistir en Rodó como “conservador a la criolla” (1953), el texto “Filosofía de la Historia e Imperialismo (1958), la contestación al argentino Julio Mafud y por su intermedio a Martínez Estrada (1959) y el balance elogioso de la obra y actuación pública del mejicano José Vasconcelos “Memoria tardía de un gran americano” (1959). Luego *El patriciado uruguayo* (1961) una investigación compacta de fuerte base empírica sobre los sectores dirigentes y poco más tarde *Tercera Posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo* (1963), esmerada revisión crítica de la bibliografía internacional sobre los temas (no publicado hasta después de su muerte). Fruto de larga acumulación de lecturas y curiosidades voraces es la *Antología del Ensayo Uruguayo Contemporáneo* (1964) que encuentra un antecedente conceptual en un texto publicado en la revista *Ficción* de Buenos Aires (1957).

Si este registro de eventos debiera tener presente contribuciones menos extensas pero en absoluto livianas tómense en cuenta entre otras las referidas a Domingo F. Sarmiento, Eduardo Mallea, Alberto Zum Felde, Manuel Gálvez y Carlos Roxlo; o los ensayos (que son aun programas de investigación en espera) sobre “Partidos políticos y literatura” (1958), y “Política internacional e ideologías”(1959), la terminante nota sobre el drama de Paysandú (1964), el rescate un autor como Baltasar Mezzera, la polémica con Carlos Rama (1958), la lectura de la obra sobre el batllismo del historiador norteamericano Milton Vanger (1963) y de la primera investigación de porte que hicieron Barrán y Nahum (1963). Todo esto, que es selectivo de mi parte, antes de *El Impulso y su freno*; en su camino sin duda por más ancho que este fuera.

En resumen, a mediados de los años sesenta nuestro autor ya fue y volvió de la España autoritaria,⁴ se introdujo a fondo en Rodó y el 900, en la política contestataria de las minorías. Emprendió lúcidamente con Carlos Roxlo, de trágico final, lo que más tarde pudo hacer con Luis Alberto de Herrera), estudió en los partidos y sus ideas, las elites de poder e influencia, se arrojó a los fragores de la guerra fría y su variante más política del Tercer Mundo, hizo crítica historiográfica. Conocía a fondo la ensayística hispanoamericana y estaba bastante lejos de las sistematizaciones rápidas de Alberto

⁴ *España de cerca y de lejos*, Montevideo, Ediciones Ceibo, 1943.

VII

Zum Felde;⁵ prestaba suma atención al tema de las rémoras, retrasos, complejos y culpas, al peso de las restricciones imperiales vistas en perspectiva comparada, a lo que dejaba huellas transitando por los márgenes.

Además de la “cultura básica” franco-española-inglesa que era posible alcanzar en Uruguay para quien circulara con inquietud por los patios de la educación secundaria, ingresara luego a sus aulas como profesor de Literatura y a la vez como estudiante en la Facultad de Derecho, Real de Azúa había leído los *Federalists Papers* y a Marx y Engels, a de Tocqueville y Comte, a Weber, Schumpeter y Popper, a Raymond Aron, Wright Mills, Gaetano Mosca. Pero además, y aquí se nos vuelve autor más imprevisible, conocía bien y en sus versiones originales a autores que ingresarían bastante más tarde que aquellos sesenta en nuestra provinciana academia como Ernest Gellner, E. Pannikar, Hannah Arendt, Renne Rémond, Barrington Moore, Sheldon Wolin y al primer Robert Dahl ... Hago el recuento tal vez lleno de omisiones y sesgado a los temas políticos y sociales para dejar esbozado un periplo intelectual lleno de interés, que rozó a menudo la impronta del batllismo pero no se asentó en él hasta haber balizado el terreno.

Por las dudas, no puede sostenerse que era la de Real de Azúa una elaboración incondicionada, incontaminada por las coyunturas políticas. También aquí aquella parte de los sesenta movía a “repensarlo todo”, a aceptar las consecuencias de la caída de algunos velos de ingenuidad que el mismo libro contribuiría a desgarrar. Las trazas de *El impulso* están definidas mientras el segundo colegiado muestra ser una base institucional hartó polémica y vulnerable, blanco fácil, agrego, de cualquier indisposición del humor nacional; el estancamiento económico es visible y merece modernos diagnósticos tentados por el desarrollismo, a la vez que el disimulo, la corruptela y la corrupción desplazan a prácticas menos estentóreas y más limpias de la gestión pública. Los líderes políticos nacionales mueren sucesivamente, antes de dar tiempo a parricidios rotundos y relevos fáciles. Afuera, Cuba ya es marxista leninista,

⁵ En particular respecto a Alberto Zum Felde: *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, México, Editorial Guaranía, 1954. El tratamiento entre otros de Vasconcelos, inspirador de Real de Azúa, no podía menos que haberlo irritado. Sobre algunos escritos del mejicano Zum Felde afirmaba: “Lo que hay en ellos de bueno no es nuevo y lo que hay de nuevo, no es bueno” pp. 419-429, cit. en p. 426.

China puja por no ser soviética, Argelia conmueve a la política y a los intelectuales europeos; mientras tanto, en las entrañas del imperio americano se producen tragedias políticas, fueran estas del magnicidio o el crimen racial. Entre los católicos y como pocas veces más allá de ellos, el Concilio Vaticano II sella un nuevo compromiso de la Iglesia católica con los nuevos y agitados tiempos.⁶

2

Hace más de veinte años emprendimos una osada caracterización de la relación del Carlos Real de Azúa con la historia que tal vez mantenga sus dotes orientadoras⁷ para la lectura de una obra que en gran parte está dedicada a ella. En los años cincuenta la consideraba a veces con demasiada furia “un género indefenso a la afición chambona, a la vanidad publicitaria, al decorativismo procesal”. Nunca abandonó la crítica porque era, en él, la forma más compartida, más riesgosa y menos solitaria de hacer historia propiamente dicha. Pero ese tránsito de la crítica historiográfica a la historiografía estuvo bien lejos de la frialdad o de la asepsia, aun cuando su autor fue refinando sus conceptos, categorías y lecturas de un modo fuertemente cosmopolita. Llegaba al pasado desde el presente que era vivido como radical continuidad, desde lo más cercano y familiar hasta los agregados sociales y políticos más complejos y generales. La historia como vivencia, padecimiento⁸ y oficio nunca gratuito, como revisión y revisionismo, la historia como construcción intelectual en la que operaciones tales como *evidencia*, *interpretación* y *relato* no se daban a límites estrictos y debían convivir –pienso ahora- con las de *comparación*, *analogía*, *distancia* y *empatía*. El Real de Azúa crítico es el que se cuida explícitamente y alerta a lectores - autores, hasta

⁶ Ver Carlos Real de Azúa, “La revolución cubana y la Iglesia” en *Marcha*, 29 de julio de 1960

⁷ Gerardo Caetano y José Rilla: “Real de Azúa y la Historia” en *Cuadernos del Claeh* N°42, Montevideo, 1987, publicado más tarde con algunos ajustes en *Carlos Real de Azúa, Historia y política en el Uruguay*, Montevideo, Cal y Canto, 1997. Ver asimismo, Prólogo a *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca, Nuevo Mundo, INL, 1990.

⁸ La idea de la historia como *padecimiento* aplicada a Real de Azúa es de Ruben Cotelo. Con Tulio Halperin, historiador argentino, allí están a mi criterio dos de los más certeros intérpretes de Carlos Real de Azúa. Ver Ruben Cotelo *Real de Azúa de cerca y de lejos* Montevideo, Ediciones Nuevo Mundo, 1987; Tulio Halperin Donghi: prólogo a Carlos Real de Azúa, *Escritos*, Montevideo, Arca, 1987.

hoy, contra parroquialismos, magnificaciones o minimizaciones que pueden acompañar a toda reconstrucción histórica.

Con esa armadura transitó sin planearlo estrictamente los temas de la nación (“misterio histórico” escribió después de haberla escrutado)⁹ y de la independencia nacional, del desarrollo y sus “frustraciones”, de la dependencia económica y diplomática, de la cuestión del poder, el Estado y las clases sociales, de las formas de autonomía funcional entre ellos y de amortiguación en la convivencia institucionalizada, de las ideas e ideologías, de los repertorios de lectura, registros de testimonios, “ambientes espirituales” y encuadres generacionales.

Las interrogantes de *El impulso y su freno* son ostensiblemente presentistas. Contienen un *supuesto* (el progresismo uruguayo se había extenuado) para el cual se proponía su autor ofrecer las *evidencias* sin abandonar la tensión imperiosa de una densa red de *variables* que pudieran ser base de una explicación que se pretendía ante todo oportuna. Esto es, no preguntarse por el agotamiento, que tal vez a esa altura cobraba visibilidad en muchos círculos, sino por las razones primarias que lo determinaban y que colocaban la argumentación en el interior del impulso reformista. La síntesis más apretada de la hipótesis nos dice que el freno anidaba en el impulso; “fundación sin raíces”. O formulada de un modo más rico y dialéctico: si el batllismo uruguayo fue una forma de progresismo desplegado en la periferia del mundo de entonces, la lista de sus haberes no puede hacer olvidar que sus efectos devinieron factores de agotamiento.

Real de Azúa es consciente respecto a las formas en que los sucesivos presentes aportan claves de lectura de un fenómeno del pasado. Comienza pues, por colocarse más adelante, no en 1903 para aludir a un momento clásicamente fundacional, sino en los tramos más eufóricos de la experiencia nacional, en los veinte, cuando la excepcionalidad uruguaya podía ser percibida como la más concreta universalidad del país. Tal complacencia, autocomplacencia, no fue desafiada siquiera por la caída del batllismo en 1933, y mucho menos en momentos más acuciosos y poco dados a la matización política como lo fueron los de las dictaduras totalitarias. Debíó en cambio pasar la segunda guerra, andar bajo cielo más despejado de confusiones

⁹Carlos Real de Azúa *Los orígenes...*Op. cit.

para que la crítica de la experiencia nacional batllista cayera bajo la mirada relativizadora, la comparación que minimiza, la lenta pero corrosiva percepción de que el relato ambiental en el que maduró aquella generación –nuestro autor incluido- tenía algo de fraudulento.

La percepción devino más concreta, pudo listarse un lote de cargos graves que solo la investigación histórica alcanzaría a estudiar y nunca de manera completa. Se le imputaba al progresismo uruguayo la endeblez de su determinación burguesa, idónea con todo para bloquear una supuesta –en teoría- emancipación proletaria; o el fracaso rotundo en la reforma de las estructuras agrarias al fin y al cabo intangibles; las estrecheces de una clase media mucho más rápida en gozar beneficios que en pensar costos; la ceguera para la dimensión trágica de la vida, para la aceptación de las inquietudes de lo trascendente en una sociedad complacida en la elegancia de sus *twentees*.

El trazo tenía la seducción del decadentismo, con el agregado de la trampa o el engaño que tenía –¿tendría?- un efecto autoflagelante. No era una mera caída; era que el pináculo de partida se revelaba endeble; no era todo un fruto del azar, la mala suerte, el enemigo exterior; era inadvertencia, disimulo, ocultamiento de las debilidades interiores del “modelo”.

La historia intelectual nos ha enseñado a distinguir verdad de verosimilitud. El panorama sombrío que dibujaba Real de Azúa era para muchos verosímil y tenía sus dotes para la persuasión, pero no supimos hasta mucho más tarde, en parte estimulados por sus dardos, que las cosas podían ser bien diferentes al modo como las veía el autor. Así, el análisis “de clase” al que aparecía tan proclive no permitía dar cuenta del fenómeno batllista, no porque este careciera de tales componentes sociales sino porque su convocatoria cívica era fuertemente ciudadana y no clasista, vertical en todo caso. En la década siguiente al *Impulso* se discutió la existencia misma de una clase media, esa que Milton Vanger negaba –porque no la veía ni en los documentos época y no confiaba en los datos que el censo de 1908 pudiera indicarle al respecto- y que Barrán y Nahúm estaban descubriendo primero en el campo y luego en

Montevideo del 900.¹⁰ El fracaso en la reforma agraria y la crítica de la estructura de la propiedad de la tierra son tópico fuertemente sesentista, ya se viniera del estructuralismo cepalino o del marxismo. Desde hace poco, sin embargo, se discute entre los especialistas acerca de la “rémora” del latifundio, del carácter retardatario de los empresarios agropecuarios, supuesta pieza clave del bloqueo al progresismo. Si algo de esto fuera aceptado tal cual podría hacer variar las coordenadas interpretativas entre las que se desarrolló por largo tiempo el estudio de la “modernización” y del batllismo.¹¹

Los descuentos que Real de Azúa antepone al lector no son un obstáculo para que reconozca y detalle los rasgos a su juicio más notables de la experiencia batllista. Toma sí la precaución de establecer una secuencia que no es didáctica sino puramente analítica: primero está *el país*, después *la obra* sobre él; o dicho de forma que contravenía la historiografía celebratoria: Batlle no creó su tiempo sino a la inversa. Primero el país, el reino de la contingencia en el que más de un camino era posible, el *país de cercanías*, libre de extremos adentro y de restricciones fuertes afuera; con un Estado decimonónico ostensible, una sociedad secularizada, Iglesia pobre, ejército menguado y en continuidad con el partido de gobierno, estabilidad política y orden administrativo ardua pero prontamente alcanzados al despuntar el siglo XX. Era mucho y buena base para levantar una *obra* cuyos vectores fueron el financiamiento externo, el Estado eficiente, limpio y fuerte, la clase media no propiamente burguesa, la clase obrera piadosamente protegida. Tuvo también la experiencia manifestaciones de notable potencialidad simbólica, mas allá de su concreta eficacia o sostenibilidad, como la industria nacional que se hacía un lugar entre protecciones casuísticas, la obra pública que era pujante expresión material del progreso, el programa fiscal impositivo que ofendió y asustó mucho más de lo que logró cambiar efectivamente de la herencia recibida.

¹⁰ Milton Vanger, *El país modelo. José Batlle y Ordóñez 1907-1915*. Montevideo, ARCA-EBO, 1983. Especialmente *Estimaciones I*, pp.113-120.

¹¹ Ver Inés Moraes “Dos versiones sobre las transformaciones económicas y sociales del medio rural uruguayo entre 1860 y 1914” en *Cuadernos del CLAEH*, N° 83-4, Montevideo, 1999; *La pradera perdida. Historia y economía del agro uruguayo: una visión de largo plazo, 1760-1970*, Montevideo, Linardi y Risso, 2008

Las tradiciones ideológicas en las que el batllismo se reconocía o era reconocido (que no es lo mismo) dejaban a Real de Azúa insatisfecho en su voracidad analítica. Aun admitiendo como lo hacía el prisma liberal y romántico, la experiencia del radicalismo europeo, la pauta laica y burguesa de la organización del espacio público, un aliento más oculto pero muy incisivo perturbaba al autor al tiempo que lo hacía pieza medular para comprender alcances y restricciones del progresismo uruguayo. El batllismo estaba sostenido *en una moral y en una política*: la primera estaba hecha de compasión y piedad por los más débiles, de un altruismo laico fundado en el porvenir placentero de la razón pública puesta en forma. La legislación de trabajo, las reformas civiles y penales, la previsión social proyectaban una idea más parecida a la “asignación universal” hoy en boga, que a un resultado histórico derivado de cualquier dialéctica socio política. La minuciosa secularización, los rasgos antirreligiosos, anticlericales y anticatólicos (hoy los sabemos más patentes a estos dos últimos que al primero) sirvieron de cemento doctrinal y ritual complementario a la moral pietista, terrenal, racional.

Por otro lado, en su mejor versión, el sostén político del batllismo combinaba una cierta confianza en el ciudadano para la erección de una república moderna, con un Ejecutivo limitado tanto por la dispersión de su poder como por la alerta vigilante de partidos y de clubes políticos en los que se volcaran la participación y la deliberación. El cemento en este caso era la peculiarísima personalidad de Batlle y Ordóñez, “el carácter” prefiere Real, capaz de aunar piezas, conceptos y tradiciones no necesaria ni naturalmente vinculadas y que ejerció la conducción con destreza recubierta -no obstante- de una “aureola de apóstol”.

3

Real de Azúa ingresa así al núcleo de un libre hondamente antibatllista, capaz de reconocer “realizaciones imponentes” cuya interioridad, bien mirada, las denunciaba débiles y en consecuencia autocontenidas o autolimitadas. Para apreciar esta dimensión más profunda habría de tomar en serio las raíces históricas del batllismo, más coloradas y conservadoras de lo que solía creerse. también tributarias

del optimismo ciego que cultivó, como gran pauta organizadora de la convivencia, la dialéctica sarmientina de civilización y barbarie con todas las acuñaciones posteriores que disociaban mecánicamente pasado de futuro, autocracia de libertad, países viejos prisioneros de su pasado, de naciones jóvenes liberadas de ese lastre.

Con este fondo en el escenario, el autor recuesta mas cómodamente lo que denuncia como insuficiencias, a las que habrá de sumar, con Luis Batlle *in mente*, un conjunto no menos grávido de inconsecuencias. Las primeras tienen cierta exigencia anacrónica, aunque no son por ello triviales.

Primera: “La más grave fisura” del batllismo es la que se deja ver entre un entusiasta proyanquismo –bastante dominante y compartido, creo, hasta fines de los cincuenta- y aquel ruidoso programa nacionalizador y estatista que estaba sin embargo bien distante de cualquier nacionalismo contemporáneo.

Segunda: Fisura a su criterio clave, era la que había deslizado al Uruguay a una versión tan laica de los móviles sociales del progresismo que en poco tiempo estos quedaban ayunos de toda ética radical que permitiera su reproducción genuina. En cambio y para mal, un ideal muy ingenuo de “la felicidad”, nunca concebida como el fruto maduro del sacrificio, del esfuerzo, de la postergación de beneficios de corto plazo.¹² O dicho en el marco de un esquema esencial para Real de Azúa, un costo indirecto de la modernidad descristianizada.

Tercera: la duplicidad incómoda entre el impulso a la espontaneidad popular vertida en un partido concebido para el “hombre común” y lo que el autor percibía en “el verdadero” don Pepe, un temperamento intransigente, impositivo, excluyente, intolerante –en la más pura tradición colorada conservadora- para quien los clubes y asambleas no eran más que retórica organizada y envolvente, y el colegiado más que una forma tramposa también colorada de perpetuar a un círculo en el poder.

¹² Luis Batlle lo supo tal vez al final de su vida política, desde el amargo sabor de la derrota de 1958: “Miren mis amigos: nosotros hemos tenido la inmensa felicidad de hacer de este país que vivimos sin disparar un solo tiro [...] hemos hecho esta revolución que vivimos no de abajo a arriba [...] y tal vez porque la gente no tuvo que realizar sacrificios para alcanzar las conquistas que disfruta, la gente no se da cuenta, invalora lo que en realidad son esas conquistas [...] Discurso de Luis Batlle el 6 de abril de 1962, en Luis Batlle: *Pensamiento y acción*, Discursos y Artículos recopilados por Santiago Rompani) Montevideo, Alfa, 1965, pp.701-707.

Cuarta: apropiado de una tradición entonces centenaria (1865-1964) el batllismo instituyó una visión sectaria del pasado en la que *el gobierno de partido* excluyente y sectario fue siendo sin embargo naturalizado, a pesar de las posibilidades que ofrecía la coparticipación entre los partidos para la construcción de “gobiernos nacionales”. Esta insuficiencia cobraba para la argumentación de Real de Azúa una centralidad absoluta y tiende sobre el conjunto de la experiencia progresista una objeción radical: el batllismo se propuso “crear” un país nuevo, pero fue signado por el sectarismo propio de ocupante del gobierno y del poder; profesó una renuncia a entender al otro y a sus lógicas competitivas, desdeñó como ajeno y retardatario el componente “blanco” que era también un fondo cultural del país, idóneo para retener los valores comunitarios, religiosos, tradicionales, extra racionales. “Coaligante y unificador”, el sectarismo era, al fin y al cabo, una forma moderna de recomponer las piezas antagónicas del cuño sarmientino. De volver a definir la barbarie y expulsarla del espacio público.

Quinta: la economía asociada a la política tenía flancos debilísimos. Por ingenuidad, timidez o desacierto, el latifundio no había conocido la derrota; el modelo de la granja europea o australiana apenas insinuaba un carácter experimental; la legislación social y laboral era “costosa” si se la cotejaba con el pobre sentido del sacrificio de la población urbanizada y, sobre todo, porque antecedió a un proceso de industrialización cabal finalmente fracasado entre subsidios, inflación y tipos de cambio fijo.

Sexta: el nexo entre nación y Estado era hartamente problemático. Para Real de Azúa la política de nacionalizaciones devino estatismo económico bastante ciego a los lazos imperiales del siglo próximo y por lo demás ineficiente, rápidamente deslizado al deterioro de los servicios, la feudalización corporativa y la resistencia a cualquier plan. El Estado cumplió sí funciones secundarias, pero lo hizo jacobinamente desde una tan fuerte desconfianza a la sociedad civil que terminó destruyendo su trama, reemplazando a los padres y a las familias, a los grupos intermedios y sus múltiples afanes, al interés privado concebido *in totum*, recluido en la vergüenza y la sospecha.

La cuenta era pues enorme; por momentos furiosa e injusta. Pasada en 1964 no podía sino tener efectos políticos para quien se dignara a tomarla en serio; pasada hoy,

medio siglo más tarde, ¿cómo no dar alguna razón a aquel autor impertinente que tocaba el caracú del Uruguay más allá del mismísimo batllismo.

En los sesenta la factura lucía como la denuncia de un país carente del vigor moral que el autor veía en sociedades capaces de dar empuje a burguesías más osadas (pero que quedaban aquí encapsuladas en el “antiempresismo”), o de morigerar burocracias cuyo peso era en Uruguay un factor paralizante de la política. En los sesenta, este libro rezumaba protesta, malestar con el empate social en el que “ningún sector [era] capaz de provocar una ruptura”. Era, vale reiterarlo, literatura del declinio y la sospecha por la que ni siquiera los puntos más altos de la herencia batllista eran batillistas ni podían ser encomiados y llevados a estaturas desmedidas: el voto secreto, mas allá de sus méritos y de su ardua conquista que trascendía al coloradismo, se prestaba en su fase pos heroica al cinismo cívico y moral, al tráfico de influencia y de favores; la representación proporcional, incluyendo de minorías promovía la fragmentación de los partidos políticos (crítica que llegó a sucesivos excesos en la historiografía, la politología y en la política práctica).

Batlle mismo, don Pepe, produjo admiraciones ciegas y fanáticas antes y después de su muerte, las que no hicieron más que ocultar en una retórica de la obsecuencia literal las posibilidades de renovación, de autocrítica, de animación de un flujo alternativo más abierto a la novedad. A diferencia de muchos intelectuales contemporáneos de entonces, Real de Azúa no percibía una esencial discontinuidad entre el batllismo y el terrismo. Si bien juzgaba que el golpe de Estado del 31 de marzo era un desenlace inevitable, ello era más imputable a pulsiones autoritarias que circulaban en casi todos los partidos, a demandas muy en boga en la época por los gobiernos fuertes, ágiles y menos deliberativos que a un nivel de amenaza interior que justificara un orden dictatorial a la manera latinoamericana. De un modo inequívoco Real pone en duda o relativiza los tópicos liberales de interpretación de la crisis de los treinta: el terrismo no era fascismo, aun contando con simpatías hacia él, era una “rectificación de la democracia”; no era antibatllismo al menos en un sentido directo por cuanto sus personeros eran tráfugas del movimiento fundador; el orden institucional montado desde 1934 tampoco podía reputarse discontinuo si se piensa

que la Constitución de Bomberos reformulaba la antigua pasión por la mayoría, aun en el caso de no contar con ella.

4

Real de Azúa no decae en su disciplina analítica cuando remite las carencias e inconsecuencias del batllismo a su versión primigenia. Sin embargo, su pluma va más ligera y desatada cuando su juicio se instala en los batllismos de la segunda posguerra, y cuando confunde a esta acumulación con la totalidad del país y sus señas de identificación. Por aquellos años era habitual la crítica de la legislación electoral que en rigor era más el fruto de acuerdos bipartidarios, a veces entre fracciones, que del empeño específicamente batllista. Las instituciones electorales habían sido concebidas en beneficio de los grandes partidos, lemas y fracciones y en contra de los intentos de formación de coaliciones desafiantes. Pero a pesar de la pasión mayotitaria del batllismo y sus resistencias iniciales contra el sufragio garantido y secreto, no puede imputársele en exclusividad la cadena de obstáculos levantados contra las terceras fuerzas, los vicios propios de la “mera” acumulación de votos, la erección de gobiernos carentes de apoyo parlamentario, la acusación al fin contra los partidos vistos como cooperativas electorales aunadas cual tribus para ganar la elección, sin la más mínima densidad programática. El sistema electoral quedaba así presentado como una perfecta confabulación de elites, como un fraude estructural que no podía sino inducir al “error de persona” toda vez que solo cada cuatro años -según la Carta del 51- todo y de todo se ponía en juego en una sola hoja de votación.¹³

Este conjunto de imputaciones a la institucionalidad liberal se volvió cada vez más moneda corriente por entonces entre los sectores de la izquierda y sirvió de basamento a su propia construcción como conjunto político desafiante. No está claro, sin embargo (no está demostrado sería mejor decir), que todo haya sido armado a imagen y beneficio del batllismo, por más que según Real bastaran para cargárselos

¹³ Puede o debe buscarse parentesco entre estas imputaciones y la extensa tradición crítica contra los partidos, las tradiciones, la política criolla, la confabulación normativa, etc que viene del siglo XIX y recorre el siguiente. Ver: José Rilla, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay, 1942-1972*, Montevideo, Sudamericana-Debate, 2008, II,3.

algunos rasgos sí señalados. Su conexión explicativa, aun siendo perspicaz sigue ofreciendo una gran debilidad puesto que ni la desconfianza respecto a lo individual y particular en política, ni el fervor igualitario que diseminó privilegios a la postre injustos a costa del presupuesto público alcanzan a ser argumentos persuasivos para encontrar una relación causal entre el batllismo y la declinación.

También fue parte de aquella corriente desmerecedora del Uruguay clásico la crítica a los partidos políticos como máquinas infernales de tráfico de votos, influencias y lecho de conformismo. Real de Azúa creía esto con el mismo grado de convicción con el que erraba cuando examinaba la política decimonónica y la entendía encerrada entre caudillos vivarachos, doctores mediadores y “séquitos” ciegos o meramente seguidistas o sensibles al trato retributivo.¹⁴ Disentía en estas consideraciones con Aldo Solari, para quien los partidos no eran una componenda elitaria schumpeteriana y cumplían en cambio importantes funciones sociales, culturales, no estrictamente políticas.¹⁵ Es una diferencia conceptual que entiendo medular, no solo porque sus portadores son fundadores de la ciencia política nacional sino también porque expresan con enjundia dos maneras de entender la política del país que están lejos de haberse cancelado.

La perspectiva pesimista encontraría su hora de gloria desde la publicación de *El Impulso* y Real de Azúa le asignaba tonos más sombríos cuando lo que tenía a la vista era más bien el segundo batllismo, “de eficacia particularmente nociva”, presentado como la declinación de un programa inicial en sí mismo insuficiente. Nada quedaba ya de la dignidad estoica de Domingo Arena; la clase dirigente tradicional había sido restituida en sus prebendas, la sociedad se erizaba de corporaciones que disputaban una cuota de un ingreso estancado, ante la indiferencia de los políticos que toleraban, en la mejor hipótesis, las prácticas desleales del contrabando, la usura, el rentismo y los hurtos de la intermediación. Si esto golpeaba entonces los ojos de cualquier observador atento, si era base, además, de la lenta acumulación de créditos de los partidos desafiantes, más dudoso pero igualmente inquietante, por su

¹⁴ Ver Carlos Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*. Montevideo, Asir, 1961; *La historia política: las ideas y las fuerzas*, Montevideo, Arca, 1967, *Enciclopedia Uruguaya I*.

¹⁵ Aldo Solari, “Partidos y clases sociales en Uruguay” en *Tribuna Universitaria* 6/7, Montevideo, Noviembre de 1958, pp. 22 a 26.

profundidad histórica, era sostener que el batllismo fundacional era “responsable” del entuerto por no haber preparado a los uruguayos para el infortunio, ignorar las restricciones del contexto, ser indiferente al sacrificio (otra vez) sin dejar de insistir en sus estribillos optimistas:

También parece responsable “el acento” que el Batllismo imprimió a su prédica: vivíamos en un país de ricas potencialidades, que a nada nos constreñía y no hace muchos años ya en pleno pantano de dificultades, la figura más notoria del partido rechazaba con indignación, en un discurso de regreso, que alguien tuviera que hacer algún sacrificio en esta tierra venturosa.¹⁶

Llegados aquí, el libro que vino relatando la declinación y denunciando la impostura del optimismo lleva a los lectores-ciudadanos (pongámoslo ahora en esos términos) a un callejón sin demasiada salida. Según Real de Azúa, a mediados de los años sesenta el Uruguay vivía prisionero de un desajuste grave, de una “inadecuación frontal”, para decirlo con sus palabras. Su aprendizaje conformaba con inercia a una comunidad autosatisfecha con señales bien definidas: la economía que no salía del cascarón infantil pero disimulaba su atraso, la doctrina del poder político controlado o “domado” instalaba la serenidad deliberativa en el colegiado, la confianza incluso en un futuro mejor se alejaba cada vez más peligrosamente de lo que ocurría afuera de fronteras. El mensaje batllista era inadecuado para un mundo hostil, con relaciones de intercambio cada vez más adversas y renovaciones tecnológicas indescontables. La confianza batllista (humanista, optimista, racional) corría a contramano y en solitario en un mundo adverso cuando no indiferente, acunada en la laxitud, la benevolencia, la prodigalidad sin base material. Nadie se hacía cargo de la exigencia del “desarrollo”, de la disciplina social y económica que requiere, del sacrificio y “la pena” que acarrea: “Lo que vale la pena, hará penar” escribía Alberto Methol, en un texto contemporáneo a *El impulso*, duramente crítico pero tocado al menos por un viento de promesa.

Real de Azúa, en cambio, no deja espacio a promesas, a giros históricos “necesarios”, a encuadres regionales hospitalarios para el Uruguay posbritánico. Parece decir a cada lector con un tono admonitorio y directo: ¿querías modernidad sin

¹⁶ Carlos Real de Azúa, *El Impulso...*, p.96.

mirar sus costos? Allí la tienes como ilusión completa, deslindada de contextos y exigencias, irresponsable y condenada.

Para peor, tomado al pie de la letra, si no cerraba allí su argumento el libro invitaba a buscar salidas por afuera de cualquier camino tradicional de la política, impotente para hacerse cargo de una complejidad y de un contraste Uruguay/Mundo que sus portadores no alcanzaban a sopesar. “La democracia” devino fósil, masificada, plebiscitaria. Final con suspenso político: “¿qué movimientos políticos tradicionales – véase: no dice partidos, dice movimientos- responden a este repertorio dramáticamente yuxtapuesto? Ninguno de los que se mueven en nuestra órbita, debe contestarse”.

5

En un texto escrito años antes de *El Impulso*, en recordación y rescate de la figura de Carlos Roxlo (1961),¹⁷ Real de Azúa parecía haber definido buena parte de su dictamen acerca del batllismo. Lo hacía de aquel modo vicario que es dable reconocer en la formidable *Antología del ensayo...* en la que cada autor reseñado era presentado con empatía, desde su utillaje mental, pero siempre en relación a la inocultable opinión del antologista. El Batlle del ampuloso Roxlo es el asomado a la “ventana ojival del castillo de su soberbia”, el “sectario”, el heredero de un partido experto en el robo desde los albores de la república. La condición de blanco de Roxlo probablemente fascinaba a Real, pues lo veía más adherido a una comunión que a una ideología, y a la vez genuinamente representativo de la transición del blanquismo al nacionalismo entendida como reelaboración de una tradición más que como oportunismo. Los viejos reclamos de honestidad y libertad, las denuncias y protestas hacían a ese partido el centro “de todas las rebeldías, de todos los desintereses, de todas las altiveces, de todas las honestidades”. El Uruguay deseable para Roxlo (y para Real) era el que suponía:

¹⁷ Carlos Real de Azúa, “Carlos Roxlo: un nacionalismo popular” publicado en tres números del semanario *Marcha* “Los 100 años de Roxlo”, Montevideo, 24 de marzo, 7 de abril y 14 de abril de 1961; reeditado en libro Biblioteca del Autor Nacional, Montevideo, Arca, 1984.

[...] un gobierno y un Estado para el país todo, frente al exclusivismo burocrático doctoral y militar del coloradismo; un Gobierno y un Estado para el partido derrocado por la intervención extranjera y “no solo” para el partido entronizado por ella; una Administración para todo el país y “no solo” para beneficio de los administradores.

Roxlo no solo fue al Quebracho; se tomó en serio el Pacto de la Cruz como evento de coparticipación que al haberse frustrado con el sectarismo de Batlle, lo devolvió a los campos de batalla en 1904 contra el unicato presidencial y la persecución de toda disidencia, conductas y herencias estas mucho más visibles y temidas por los blancos que el reformismo progresista que apenas se insinuaba entonces.

A esta descripción de Roxlo, Real de Azúa juzga conveniente sumar su propia versión de Batlle:

[...] cerrada hoy la etapa de las apologías, falta entre otras cosas un buen estudio caracterológico pero no es aventurado sostener que al margen de cierta efectiva grandeza personal, no eran su fuerte los amplios gestos de reconciliación y generosidad, y que, por lo menos hacia esos tiempos, le sobró cierto encono, pequeño, áspero, en el trato con sus adversarios. El viejo equipo colorado que se hace “batllista” después de 1900 y que todavía daba el tono era ducho en las artes de “la imposición”.

Y desde ella, volver a Roxlo como a una parte de una generación de blancos finalmente concurrentes al progresismo pero que no regalaban primacías ni le admitían al batllismo “la pretensión de monopolizar el proceso de modernización del país”, “resultado de una colaboración muy intensa de las dos banderías” y el policlasismo de los partidos. A través de “aquel” Carlos Roxlo, su tocayo se afirmaba en el antibatllismo, valoraba cierto nacionalismo emocional, telúrico e incluso ingenuo, como mucho más raigal que la tentación europeísta, utópica, jacobina que terminó frenando el desarrollo. Con algo de esa perspectiva nacional-popular volvió Real de Azúa de España cuando rompió con ella en 1942.

Considérese pues que Real de Azúa rumió largamente su dictamen adverso acerca del batllismo y que su “método” tenía un fuerte aliento inductivo, derivado del conocimiento puntilloso y desbordante de la gente que encontraba o buscaba en su

camino de comprensión de las cosas. Que lo rumió largamente, antes y después del *El impulso* puede probarse leyendo su extensa obra, que se revisa siempre pero no abandona su matriz.

6

Pero si volvemos a 1964, el balance final de aquel texto era ciertamente desolador para quien desde la lectura de un libro (un lugar limitado, se dirá) buscara razones para el orgullo nacional. El batllismo estaba agotado no solo porque las místicas institucionalizadas se agotan (explicación analógica) sino porque había mostrado, en sí mismo (explicación endógena) una gran de capacidad para re adoptar rápidamente una estructura oligárquica, impotencia para resolver lo que sus definiciones abstractas devolvían desde la sociedad como problemas concretos, impotencia ante el fracaso ganadero y su estímulo a un proyecto industrial más serio o sustentable, o por lo menos más atento a posibles derivas de las “naciones pequeñas”.¹⁸

El batllismo sería así un progresismo de *baja calidad* aunque de una apariencia tan pregnante como para convertir en propio todo empuje de reforma y en enemigo del progreso a quien se ponga en el camino con matices, relatividades, cotejos. La baja calidad era para nuestro autor demasiado radical como para asegurar un final (o un tránsito) feliz: a malos puertos nos llevaría una educación intelectualista y enajenante, un espíritu consumista, de reclamo, de pasión acreedora por la posición adquirida;¹⁹ una “superestructura” política opaca, escasa o “nominalmente” representativa; un sectarismo político y religioso que inhibe la diversidad y más gravemente aun, nos priva de concursos generosos desplegados en competencia genuina.

De todos los límites, los más restrictivos para Real de Azúa son los que lo desnudan a él mismo, a sus apetencias e incitaciones que podríamos llamar vitales: las

¹⁸ Real de Azúa se introdujo a fondo en el tema de las pequeñas naciones poco antes de morir: *Los estilos de desarrollo y las pequeñas naciones*, Santiago de Chile, CEPAL, 1975; *El clivaje mundial euro centro periferia y las áreas exceptuadas*, Montevideo, CIESU, 1976.

¹⁹ Methol Ferré escribió antes de “sociedad de comensales” en *¿A dónde va el Uruguay? Reflexiones a través de un nuevo ruralismo*, *Tribuna Universitaria*, n°6/7, Montevideo, noviembre de 1958, pp.136-173.

limitaciones del liberalismo –no el antiliberalismo, insisto-, la ignorancia ufana del contexto internacional, la pobre disposición al sacrificio de esta comunidad ganada por el “espíritu de facilidad”.²⁰ Difícilmente hallemos otro pasaje más duro que este en toda la literatura que remite a la declinación:

No se necesita ser un revolucionario cabal para pensar que si en algún país el “evolucionismo” social ha tenido un sentido enervador, ese país es el Uruguay. Culminado este proceso, hemos llegado a ser una sociedad económicamente estancada, políticamente enferma, éticamente átona. Podrá decirse, también, que civilmente sana y socialmente más equilibrada que muchas otras de su tipo pero las notas peyorativas son las dinámicas, y éstas, sólo pasivas y remanentes.

¿Qué hacer con este libro en las manos? La pregunta puede tener una pertinencia bien diferente hoy, en 2008, que en el último lustro de los años sesenta del pasado siglo, cuando “pensar” y “hacer” devinieron dimensiones tan entrelazadas de la existencia que hacían olvidar la precariedad de esa torpe distinción. Una relectura demanda del lector un contacto exigente con dos programas de investigación de sumo interés.

Uno, desde el presente, vuelve a hacer a Real de Azúa nuestro contemporáneo cuando con él podemos debatir la continuidad o la vigencia de tanta amonestación a nuestro basamento, cuando su texto sobrevive después de la caída de la democracia en 1973 y su posterior restauración en 1985. O después de la llegada al gobierno de un nuevo progresismo que es portador sino heredero de algunas de las trazas de aquel batllismo. Sobrevive, claro, con otro aliento a pesar de esa concreta vigencia, que sin embargo deja incontestadas o por investigar preguntas acerca de la indiferencia blanca

²⁰ Tres años antes de *El Impulso y su freno*, Ricardo Martínez Ces había escrito un librito punzante que no pasó inadvertido para Real de Azúa, *El Uruguay batllista*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1961. De allí toma nuestro autor la idea de “el espíritu de facilidad” que definía el “estilo batllista”, con un alcance de implicaciones bastante conservadoras y simples que es improbable que Real de Azúa las compartiera en bloque “es una facilidad que deriva de la des inserción histórica del batllismo –el partido batllista es hijo de la inmigración-y que se traduce en algunos elementos fundamentales que son: providencialismo, humanismo, justicia y felicidad y como consecuencia de todo eso, la inexistencia de una problemática profunda. [...] El estilo batllista es el resultado que hizo el país el inmigrante a través de Batlle y de las condiciones económicas y sociales del mismo en el primer cuarto de este siglo. Por nacer de esas circunstancias que no entroncan con la esencialidad de nuestra historia es que se agotan.” p. 60-61.

—o marginal deferencia— a una explicación que bien le vendría a ese partido para afirmar y dar contexto a algunas de sus tradiciones, o del abuso colorado de una especie de argumento *ad hominem* que prefiere ver en Real a un antiliberal al que debe recordársele, aun *post mortem*, su pasaje por la seducción falangista.²¹

Otro programa, más ligado a la historia intelectual y política del país, que se pregunta por la incidencia que este libro pudo haber alcanzado entre quienes pensaban y hacían el Uruguay clásico en su momento de agonía. ¿Construyó una “comunidad interpretativa” y se completó con sus lectores? ¿Contagió o proveyó lenguajes para las prácticas políticas? ¿Animó formas esquemáticas de pensar, catalizó voluntades en alguna dirección? ¿Redefinió, junto a otros de su tipo, la relación entre los intelectuales y la política? Me anticipo a decir que no lo sabemos, pero que este programa de trabajo obliga a salir de Real de Azúa y su libro para volver a él con otras herramientas.

7

Se sabe que *intelectuales* es una denominación ambigua cuya densidad se ha vuelto crecientemente compleja con el desarrollo del proyecto de las ciencias sociales —que tiene poco más de un siglo— y la imponente presencia de los medios masivos de comunicación. La sociología, la economía, la historia, la ciencia política devinieron espacios de discurso legítimo acerca de las cosas sociales, pasaportes de autorización relativamente nuevos que reconstruyen la relación entre el saber general, donde se asienta el hacer intelectual, y el saber especializado donde reposan las ciencias sociales. Los medios de comunicación y el periodismo ofrecen un espacio de visibilidad, ilustran y dan contenido a sus preferencias, demandan un hablante o escribiente que a la vez debe ajustar sus lenguajes, ritmos de aparición pública y temas marcados por la noción de oportunidad.

²¹ Sin embargo, en su momento más ríspido no fue colorada la iniciativa “purificadora”. Fue Arturo Ardao en 1965 quien devolvió a la superficie el pasado de simpatía falangista de Real de Azúa cuando este lo aludió, desde *Época*, en una discusión con Aldo Solari sobre el tercerismo. Según Ruben Cotelo dicha polémica agotó la versión uruguaya de ese movimiento. Agrego que mucho se ganaría en esto con la posibilidad de consultar el archivo y la papelería de Real de Azúa.

Cabe pues la posibilidad de que ya no contemos hoy con intelectuales en el sentido más tradicional, como aquellos que hablan y escriben con ilustración concreta desde una perspectiva generalista y totalizadora, no exenta de énfasis pero siempre asociada a una vocación pragmática, de “pensar para hacer”, política al fin y al cabo. Nuestros opinantes de hoy enuncian desde una ciencia y atribuyen a ese talante un carácter supremo de racionalidad, confiabilidad; deben sostener su discurso en un doble compromiso, con los colegas reglados (en el sentido de Edward Shils)²² y con los públicos producidos en los medios. Hablan desde una profesión más que desde un oficio. Porque la lectura, la escucha y la escritura han mutado fuertemente su lugar en la cultura, los neointelectuales son mucho más dados a la oralidad que a la escritura, construyen audiencias.

Casi nada de esto había en los años sesenta y setenta, más cultos pero menos científicos a la hora de hablar de la sociedad y sus problemas. El libro y las revistas, el suplemento, el fascículo y la colección atribuían autoridad y distribuían saberes. Ello demarcaba el territorio de la recepción, al tiempo que desplegaba a pleno el mapa de la ciudad letrada en cuyas calles circulaban magisterios, poderes y emancipaciones. Se ha dicho, pero no sé si está probado, que en los sesenta, los *best seller* eran ensayos sobre el Uruguay. Toda una definición de una cultura y de una política, expresión de una sociedad, o mejor, de una ensanchada elite ilustrada que parecía clamar por esclarecimientos, introspecciones severas, miradas menos provincianas de la nación.

¿Quién o qué produjo esa apetencia? No lo sé, y me adelanto a decir que sería trivial atribuir todo a la crisis instalada en la sociedad y sus imaginarios desde fines de la década del cincuenta. A ese *bajo continuo* que suena naturalizado hace más de medio siglo.

Las ideas importan, ha escrito muchas veces como para sacudirse la dejadez de lo obvio Adolfo Garcé, autor de un libro sobre la CIDE,²³ el banco de ideas de nuestros desarrollistas años sesenta. Esto es, las ideas inciden, cambian, promueven, truncan,

²² Edward Shils. *The intellectuals and the powers*, Chicago, 1974. En castellano Ediciones Tres Tiempos, Buenos Aires, 1976, pp.35 y ss.

²³ Adolfo Garcé, *Ideas y competencia política en Uruguay, 1960-1973*, Montevideo, Trilce, 2002; ver también Adolfo Garcé y Gustavo de Armas, *Uruguay y su conciencia crítica*, Montevideo, Trilce, 1997.

producen política: se colocan en la cadena que lleva a las decisiones. Si los intelectuales tienen algo que ver con las ideas, su incidencia performativa en la política es decisiva, o para ponerlo en pasado, debió haber sido decisiva. Pero no sabemos cómo ni cuánto, lo hemos estudiado poco. Nadie podría negar que el pensamiento crítico sirvió a la crítica y a la crisis del Uruguay, pero esta es una afirmación general que no esclarece demasiado, aun cuando examinemos los discursos, hagamos hermenéutica rigurosa, busquemos parentescos y universos de lectura, filiaciones y parricidios. La operación así plantada no deja de alentar una versión estrecha de “la historia de las ideas” cuando lo que parece que necesitamos para dar un salto comprensivo es de la historia intelectual, operativo más denso, que obliga a ser más prudente con los textos.²⁴

La literatura del declinio no produce el declinio; tal vez defina sus formas y eso es algo tan importante como la declinación misma. No creo posible avanzar en el conocimiento del cuánto sin averiguar mejor el cómo; ese es todo un programa de investigación. Propongo ahora problemas a estudiar y que a mi juicio ayudarían a explicar este asunto y tomar alguna distancia comprensiva con *El impulso y su freno*. Me refiero, en principio, a la confluencia de cuatro fenómenos de la sociedad, la cultura y la política.

- a) La crisis del intelectual del Uruguay clásico y la crisis del intelectual clásico en el Uruguay. En su culminación estilizada era el modelo que acompañaba una euforia, una idea de progreso y modernidad; el intelectual vicario de “lo que vendrá”. Circulaba entre las redacciones de los diarios y la cátedra, se instalaba a veces en los partidos y en el Parlamento. No vivía demasiado problemáticamente la circulación entre la literatura, el pensamiento, la política, el partido: “decir adiós a la política sería como decir adiós al país” escribía Rodó en 1900. Él no nos permitiría llamarlo batllista, pero está claro que hasta mediados de los cincuenta fue posible ser intelectual con esa impronta y estar cerca del gobierno, del poder, de la influencia. Estas cercanías no los hacía

²⁴ J.G.A.Pocock, Historia Intelectual: un estado del arte [1985] en *Prismas*, Revista de Historia Intelectual, N° 5, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2001, pp. 145-173.

necesariamente complacientes ni oficiales, como el 45 quiso ver, o necesitaba ver, sobre todo si excluimos de la pléyade a los mediocres invertebrados (así los llamó Real) que nutrieron por décadas las delegaciones culturales de nuestro servicio exterior. El “deterioro” de esa relación de continuidades se hizo evidente desde los cincuenta y fue bien estudiado por Angel Rama entre otros.²⁵

- b) La educación secundaria vivió un formidable proceso de masificación desde los años de la segunda posguerra. De 12 mil matriculados en el cuarenta, a 130 mil en el setenta. No hubo un incremento igual de cobertura sociocultural en similar período. Un asalto social a la educación, una ampliación de la cultura letrada en la clase media, la más propensa a la comodidad y a la disconformidad, la más temerosa de perder las posiciones adquiridas. Secundaria, sus alumnos y profesores – muchos de ellos todavía intelectuales- fue caja de resonancia, receptáculo de una vitalidad mañera, *locus* ideal para descargar allí la crítica al país clásico que empezaba a poner en duda, precisamente, la sobrevivencia de las posiciones adquiridas. El espejo más fiel de la socialización acelerada y del afán conservador envuelto en nuevas “costumbres en común” y recubierto sin embargo de una retórica cada vez más rupturista.
- c) En la cima estudiantil y profesoral, no del todo escindida entonces de la política tradicional de los cincuenta, se animó la reforma universitaria y desde allí la protesta juvenil que en una década movilizó a la ciudad hasta descubrir un día la represión estatal y los muertos en sus calles. La Ley Orgánica, hoy cincuentenaria, fue a la vez consagración de dependencia y autonomía. Dependencia de las lógicas radicalizantes y autonomía para reformularlas y legitimarlas ante la sociedad y las demás elites.
- d) La revolución, como idea y concreción histórica. Y más que eso, desde Cuba, “la pasión revolucionaria” –diría F. Furet- . Es el triunfo de un

²⁵ Angel Rama, *La generación crítica 1939-1969*, Montevideo, Arca, 1972

encadenamiento visto entonces como lógico, persuasivo y deseable: las ideas producen política y la política produce ideas; ambas crean tiempos y hombres nuevos. Antes de ser tirano, Fidel Castro llegó así a dar un refresco al exhausto “marxismo occidental”, harto de Moscú y sus ramalazos, perdido entre sus referentes sociales históricos clásicos. Cuba en cambio, era “un espectáculo de las ideas”, según Rafael Rojas, ambientado en las seducciones del Caribe desde donde la historia podía recomenzar. El fin de la utopía, por cuanto las “cosas buenas” habían encontrado su *lugar*. Nuevo relato de la modernidad, nos recuerda Carlos Monsiváis.²⁶

Dicho esto, que es apenas indicativo, alguna hipótesis debería poder proponerse a partir de la combinación de factores. Hablo del intelectual que toma distancia pero no para alejarse sino para acercarse a los lugares de producción simbólica, no para alejarse del poder sino para construir *otro* poder; el intelectual lejos aun del tránsito a la profesionalización académica, pero de notable incidencia en el pensamiento crítico. Si en el siglo XIX los publicistas y polemistas (que eran lo más parecido a los intelectuales) encendían las batallas críticas de la anti política contra los caudillos, de la secularización, de la escuela y la historia patria, de la construcción del imaginario nacional, un siglo más tarde lo harían para demoler la satisfacción, para instaurar retóricas y rituales de una religión revolucionaria.

La audiencia, el público, la clase media que amplió horizontes y consumos culturales, se deslizó en sus dificultades y miedos, y encontró allí, en el profesor-escritor-periodista a su relator más convincente. Este, a su vez, se fascinó con la revolución y llamó a ella; encontró en el impresionante derrocamiento de Batista un proceso digno de replicar: guerrillas rurales, derrota de una dictadura harto corrupta, apelación al socialismo. La réplica del modelo ofrecía fisuras, pero desde la cultura y las ideas ellas se podían cerrar o disimular con éxito. Digo: si no había aquí dictadura, la base crecientemente autoritaria y a la vez pusilánime de la política uruguaya de los sesenta parecía dar un pasaporte para inventarla. Guevara aconsejó lo contrario. Y un

²⁶ Carlos Monsiváis *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

año antes, en junio de 1960, Carlos Martínez Moreno razonaba en direcciones convergentes.

Vale este recuento al menos para observar cuan distante podía estar nuestro autor de la pauta de reconocimiento, o cuánto podría haberle exigido o esperado de él la comunidad en la que circulaba. Entiéndase primero que “Intelectuales” es una denominación exagerada cuando se la quiere recluir en definiciones políticas e ideológicas o cuando aspira a hacer correr a la especie adentro de partidos o encuadramientos orgánicos. *Intelectual orgánico* es casi una negación de lo primero en beneficio de lo segundo. Las tradiciones sólidas son más amplias e imprevisibles: que Real de Azúa fuera un intelectual no merece duda, que fuera orgánico sí, lo que no sugiere en absoluto prescindencia, tibieza, adhesión incluso a movimientos políticos como lo fueron el primer ruralismo de Nardone (algo elusivamente) y el Frente Amplio en el momento de su nacimiento. Esa carrera, aun heterodoxa, tal vez ofrezca una oportunidad analítica para desarmar la asociación inventada y disfrutada por la izquierda entre intelectuales e izquierda. Si se trata antes que nada de buscar la clave en la crítica, aquellos pueden recorrer, de izquierda a derecha, todo el espectro. Hubo más radicalidad intelectual en la contestación de André Guide que en las obsecuencias de Neruda o Guillén; también más independencia en las prevenciones o decepciones de Simone de Beauvoir, en las alertas tempranas –aquí- de Emilio Frugoni o más tarde de Carlos Quijano y su socialismo liberal. Y hubo asimismo, un porte intelectual e ilustrado en el reclamo de “mano dura” y orden, en el integrismo, el antiliberalismo, el repudio a la revolución jacobina que alimentó a las derechas del mundo y de América Latina.

Postulo, en suma (y sospecho que sin novedad) que estudiar obras de literatura y pensamiento político esclarece muy relativamente acerca del papel de los intelectuales. Hacer *historia de las ideas* es un camino cerrado para llegar hasta allí. Nos ayuda ciertamente a entender a los intelectuales mucho más que a su papel en la sociedad y en la política y mal podemos, por ahora, pasarles la cuenta completa de nuestras erranzas y aciertos.

Tomemos, no por azar, tres libros de indudable influencia en el clima de “ideas y creencias”. *Riqueza y pobreza en el Uruguay* de Julio Martínez Lamas (1930), este

que nos ocupa *El impulso y su freno* de Carlos Real de Azúa (1964), y el *Uruguay como problema* de Alberto Methol Ferré (1967).²⁷ En el primero está la base argumental e histórica de un antibatllismo radical; en el segundo, según hemos apuntado, la demolición de las raíces de la conformidad que esconde insuficiencia sin mística; en el tercero la promesa del final de la historia uruguaya entendida como largo ensimismamiento. Pues bien, podemos estudiar a fondo esos textos, buscar genealogías y fidelidades, pero poco más que eso si lo que buscamos es una *función*, una fisiología cultural. Veremos que inspiraron a derecha e izquierda, pero no veremos mucho más. Educación del Pueblo sin el pueblo.

No cuesta demasiado probar con documentos que en nuestros sesentas proliferaron discursos no democráticos y antidemocráticos desde las cúspides intelectuales del país. Pero ello explica poco acerca de su éxito. La historia intelectual que habría que poner en su lugar debe empezar por reconocer y estudiar la recepción además de la producción, esto es, las formas de lectura, apropiación, reelaboración y uso, la construcción de comunidades interpretativas, de códigos de lectura, las formas de la simplificación y el abuso, de las rutas de circularidad. Son las preguntas de Carlo Ginzburg para otros lares: ¿qué se lee, con qué se lee, qué se hace con lo que se lee, desde dónde se lee? Busquemos a Menocchio.²⁸

8

Digo pues, que para esclarecer la importancia de *El Impulso y su freno* es necesario trascender el análisis textual acotado a sus propios límites e integrarnos a un programa de segunda generación en los estudios de las ideas políticas, con una sociología de la lectura, con un acercamiento al proceso de institución de conglomerados de interpretación y reelaboración de mensajes. Con palabras algo diferentes Real de Azúa no era ajeno a este problema al que ahora lo someto. “¿Existe

²⁷ Intento un examen de ese libro y su contexto en José Rilla *La actualidad del pasado. Usos de la Historia en la política de partidos de Uruguay*, Op. cit. III, 8.

²⁸ Carlo Guinzburg *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Muchnik, Barcelona, 1994

un público de Eduardo Mallea? ¿Quién lo integra, dónde se recluta?”, se preguntaba en 1955.²⁹

No sé hasta qué punto comprende Mallea cómo la vigencia de su obra depende de un cierto público y hasta qué punto este público tiene que ser raro, de conscripción difícil. Porque toda obra se juega sociológicamente sobre esta posibilidad de tener un público, de dirigirse con eficacia a un comunal destinatario.

Mallea generaba resistencias en los lectores que buscaba; Real de Azúa las identificaba con un afán harto detallado, como quien se autodefine:

No pienso que Mallea pueda convertirse en devoción de alguien a quien no le duela hasta el dolor y le preocupe hasta la angustia el destino de la sociedad en que vive, a alguien que no sienta una parte muy decisiva, por lo menos, de su destino embarcada en el sentido común, en los azares de la colectividad en que está inserto. El pleno comercio de Mallea exige la participación, no solo en su mundo sino también en sus prospectos, en sus incitaciones a la acción, en su apostolado de una conducta.

Real de Azúa, gran empático, describe a Eduardo Mallea de quien tomaría finalmente distancia aun reconociendo inspiración; lo hace especularmente, buscándose, como lo haría con Juan L. Segundo, Luis Vignolo, Methol Ferré, Roberto Ares Pons, entre los más claros de acuerdo a esta perspectiva. No es Mallea, desde luego, pero descontadas algunas trazas, tómesese nota de los énfasis y podrá calibrarse algo de lo que el autor de *El Impulso* creía o quería de sí mismo.

²⁹ Carlos Real de Azúa, “Una carrera literaria (sobre Eduardo Mallea)” en *Entregas de la Licorne*, n° 5/6 Montevideo, 1955.